

## **EVALUACIÓN DE TECNOLOGÍAS**

*Miquel Barceló*

A veces me sorprende de cómo los seres humanos, que solemos considerar a nuestra especie como dotada de inteligencia y racionalidad, somos capaces de hacer lo que hacemos.

En particular, parece que durante muchos años hemos sido un tanto ingenuos en cuanto a las ventajas que aportan los nuevos desarrollos tecnológicos. Toda tecnología, como un verdadero monstruo de dos caras, nos ofrece algo nuevo y desable (si no, nadie la desarrollaría...), pero también suele o bien quitarnos algo de lo que teníamos o proporcionarnos algo terrible que, en realidad, no desearíamos nunca.

Por ejemplo, la tecnología del automóvil, en el último centenar de años, nos ha proporcionado una movilidad impresionante, pero también ha hecho que pase a ser considerado como "normal" el claramente anormal y absurdo hecho de, por limitarnos a España, tener cada semana una cincuentena o más de muertes por accidentes de automóvil, y eso olvidando por un momento los muchos heridos y parapléjicos por la misma causa. ¿Ha sido realmente inteligente y racional el desarrollo de tal tecnología?

Uno de los problemas serios en el desarrollo tecnológico reciente es el espíritu subyacente al capitalismo en el que vivimos hace unos siglos. Los fundamentos morales del capitalismo (egoísmo, codicia, agresividad y competencia en lugar de solidaridad, etc.) no parecen los mejores y ya se sabe: quien siembra vientos recoge tempestades. La tecnología que tenemos hoy es la que ha desarrollado con gran eficiencia el sistema socio-económico capitalista. Y eso es lo que hay. Con todas sus consecuencias.

En esa línea, al menos hasta la década de los noventa en que compañías como Volvo usaron la seguridad activa y pasiva como elemento promocional de sus vehículos, lo cierto es que los vehículos se promocionaban básicamente con elementos superficiales como la estética y otros más graves y peligrosos como la potencia y la velocidad. De esos polvos vienen esos lodos y estoy seguro que los siglos futuros contemplarán con horror a ese siglo XX que permitió que dos máquinas capaces de desplazarse a más de cien kilómetros por hora circularan en sentido contrario por una calzada sin separación intermedia como, por desgracia, son la mayoría de carreteras de nuestros días, con excepción de autovías y autopistas.

Si fuéramos tan inteligentes y racionales como imaginamos ser, posiblemente hubiéramos desarrollado de otra forma la tecnología automovilista. Por ejemplo: si en España la velocidad máxima en autopista es de 120 kilómetros por hora, añádase si se quiere un margen de un 20% para casos especiales y tendrán que 144 debería ser una velocidad máxima absoluta. Si fuéramos realmente inteligentes y racionales estaría prohibida la circulación de cualquier vehículo automóvil cuya potencia, peso y relación de engranajes en el cambio de marchas hicieran posible que circulara a 145 o más kilómetros por hora.

Pero no crean que esto sólo ocurre con el automóvil. La más reciente tecnología informática nos vende nuevos ordenadores por razones también ridículas: más potencia (casi siempre innecesaria), más colorines en la pantalla, mayor facilidad de uso (con eso sí estoy de acuerdo..), pero escasa seguridad. Y así ocurre que ahora, cuando Internet debería ser la infraestructura básica de la nueva sociedad de la información, descubrimos que está en manos de hackers y creadores de virus, simplemente porque los programas más usados (Windows e Internet Explorer, evidentemente) no son suficientemente seguros. El ser humano sigue siendo el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra...

Hoy sabemos que evaluar bien las posibles consecuencias positivas y negativas de una nueva tecnología es imprescindible antes de usarla o de decidir cómo ha de evolucionar. Desgraciadamente la primera experiencia en este sentido se hizo precisamente con la tecnología de la exploración espacial: a principios de los años setenta, el senador estadounidense Proxmire, en un intento de filibusterismo parlamentario, exigió una completa evaluación de la tecnología espacial antes de aprobar nuevas dotaciones presupuestarias para ella.

Fue un grave mal para el desarrollo de la tecnología de la exploración espacial (aunque todos pudieron prever que el hombre llegaría a la Luna, nadie fue capaz de prever que, solo tres o cuatro años más tarde, la exploración espacial tripulada se reduciría a la órbita terrestre...), pero ahí nació la idea de la "evaluación de tecnologías". No hay mal que por bien no venga.